

## LOS MAESTROS ESPAÑOLES DE LOS «NIÑOS DE MORELIA» NUEVAS APORTACIONES

POR

JOSÉ IGNACIO CRUZ

Universidad de Valencia

---

*Sobre la actuación de los maestros españoles que acompañaron a la expedición de los «niños de Morelia», se ha formado un severo juicio negativo por parte de los especialistas que han tratado el tema. En este trabajo se dan a conocer, por primera vez y a partir de documentación inédita, las repetidas iniciativas que plantearon dichos maestros para intentar cumplir su misión tutelar, las cuales chocaron con los planteamientos de las autoridades mexicanas.*

PALABRAS CLAVES: *Exilio, exilio republicano español, niños de la guerra, niños de Morelia.*

---

Dentro del amplio y variado universo conformado por el exilio republicano español de 1939, México ocupa un lugar especialmente destacado. Respondiendo a la generosa oferta del gobierno presidido por el general Lázaro Cárdenas, unos 20.000 exiliados llegaron a ese país y en su gran mayoría encontraron allí un fértil territorio en donde reconstruir sus itinerarios vitales. La tarea llevada a cabo por ese colectivo en su conjunto ha sido sumamente interesante, mereciendo la atención de numerosos investigadores que han analizado múltiples facetas de esa realidad. Aunque, pese a todo lo mucho que se ha avanzado hasta el momento, aún existen aspectos inéditos a la espera de la actividad investigadora del especialista.

Básicamente, la emigración de los republicanos hacia México se desarrolló en varias fases bien distintas. La primera tuvo como protagonistas a algo menos de medio millar de niños y niñas españoles que desembarcaron en el puerto de Veracruz en una fecha tan temprana como el 7 de junio de 1937, cuando aún no se había cumplido un año de la sublevación contra el gobierno legítimo de la República. Posteriormente, durante el año 1938 fueron trasladándose a México un puñado de profesores universitarios e intelectuales que se integraron en la recién creada Casa de España en México, la cual se transformaría algo después

en El Colegio de México.<sup>1</sup> Por último a partir de mayo de 1939 llegó el grueso de los exiliados, la mayoría de ellos en diversas expediciones colectivas que finalizaron en 1942.

El presente trabajo se va a centrar en la primera de las oleadas, en la expedición de los niños españoles que llegó a Veracruz el 7 de junio de 1937. Comenzando por el principio, la iniciativa del viaje partió en gran medida de un grupo de mujeres, integradas en el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, que se había creado en la capital mexicana en octubre de 1936. Dicho comité fue una de las actividades solidarias emprendidas por algunos sectores de la sociedad de aquel país con la República española y estuvo formado por un grupo de damas cuyos maridos ocupaban altos cargos en la Administración, presididas por doña Amalia Solórzano, esposa del presidente Cárdenas.

## LOS NIÑOS DE MORELIA

Esa organización recibió a finales de 1936 la solicitud del Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español, con sede en Barcelona, para que acogiera mientras durara la Guerra a 500 niños. El objetivo se inscribía dentro de la política seguida por las autoridades republicanas, para enviar fuera de España a niños con el fin de evitarles los peligros y rigores del conflicto bélico. Siguiendo esas directrices se establecieron colonias de niños españoles evacuados en numerosos países europeos, como Francia, Bélgica, Dinamarca, Inglaterra, Rusia e incluso en las colonias francesas del norte de África<sup>2</sup>. De acuerdo con esa política, el objetivo era que 500 niños viajaran a México mientras durara el conflicto. La expedición se organizó en España durante el mes de mayo y llegó al puerto de Veracruz el 7 de junio de 1937. Tres días después el grupo fue instalado en unos caserones de la ciudad de Morelia, que habían albergado con anterioridad a unos colegios salesianos, rebautizados con el nombre de Escuela Industrial España-México. Desde ese momento los jóvenes españoles integrantes de la expedición serán conocidos como los «niños de Morelia». A diferencia de lo que ocurrió con la gran mayoría de los niños integrantes de las colonias instaladas en otros países

---

<sup>1</sup> Sobre el proceso de creación de la Casa de España y el posterior desarrollo de El Colegio de México, resultan fundamentales los trabajos de: Clara E. LIDA, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988 y Clara E. LIDA y José A. MATESANZ, *El Colegio de México: Una hazaña cultural 1940-1962*, México El Colegio de México, 1990.

<sup>2</sup> Sobre las iniciativas republicanas para el envío de niños a colonias en el extranjero durante la Guerra puede consultarse Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA, «La asistencia a la infancia en la Guerra Civil», *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, Vol. 6, Salamanca, 1987, pp. 83 - 127. Otro interesante análisis algo más amplio puede verse en Alicia ALTED VIGIL, «Los Niños de la Guerra Civil Española: de la Memoria de la Historia», José Ignacio CRUZ y M<sup>a</sup> José MILLÁN (Edits.), *La Numancia errante, exilio republicano de 1939 y patrimonio cultural*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 231-262.

extranjeros, los «niños de Morelia» se vieron obligados a permanecer en México tras el final de la contienda española, debido al estallido de la II Guerra Mundial y muchos de ellos se afincaron definitivamente en aquellas tierras.

Sobre esa peculiar expedición existe hoy en día una abundante bibliografía. Quizá sea éste uno de los aspectos más ampliamente estudiados del exilio republicano en México. Por un lado, contamos con algunos textos memorialistas. El testimonio de los propios niños está recogido en el libro de Emeterio Payá, uno de ellos. También podemos conocer la opinión de quien fuera director de la Escuela España-México en sus momentos clave, Roberto Reyes Pérez. Existen, además, varios trabajos de gran interés que analizan las vicisitudes de esos niños desde una perspectiva sociológica e histórica, como los de Vera Foulkes publicado en 1953, el de Dolores Pla Brugat, editado en 1985 y el más reciente de Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio<sup>3</sup>.

Dentro de los diversos elementos que configuraron esa destacada experiencia del exilio infantil de la Guerra Civil española, vamos a centrarnos en un aspecto muy preciso de la misma: la actitud y el comportamiento de «los maestros españoles» que acompañaron a los «niños de Morelia». Según los datos publicados en los textos citados, la expedición salió de España acompañada de casi una treintena de adultos, todos ellos funcionarios españoles dependientes de diversos organismos gubernamentales. Figueroa y Sánchez indican al respecto, que los niños fueron «acompañados por 29 adultos, entre médicos, enfermeras y cuidadores»<sup>4</sup>. En realidad, como señalaremos más adelante, éstos formaban dos grupos diferentes con cometidos bien distintos.

No se trataba de ninguna novedad específica, ya que las autoridades republicanas habían creado toda una infraestructura administrativa relacionada con los servicios de «infancia evacuada», la cual coordinaba todo lo relativo a las expediciones de evacuación infantil y a las colonias que éstas generaban<sup>5</sup>. Acompa-

---

<sup>3</sup> Las referencias bibliográficas completas de todas esas publicaciones son las siguientes: Emeterio PAYÁ VALERA, *Los niños españoles de Morelia. El exilio infantil en México*, México, Edamex, 1985; Roberto REYES PÉREZ, *La vida de los niños iberos en la patria de Lázaro Cárdenas. Treinta relatos*, México, América, 1940; Vera FOULKES, *Los Niños de Morelia y la Escuela España-México: consideraciones analíticas sobre un experimento social*, México, UNAM, 1953; Dolores PLA BRUGAT, *Los niños de Morelia: un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985 (existe una segunda edición del año 1999, a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Agencia Española de Cooperación Internacional y la Embajada de España en México, aunque en este trabajo empleamos la primera) y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, «Una Utopía Educativa: la Escuela España-México», Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO (Coords.) *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2001, pp. 247-275.

<sup>4</sup> Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO [3], p.252.

<sup>5</sup> Las iniciativas para evacuar a niños de la zona republicana para alejarlos de los efectos bélicos fueron amplias y diversas. Además de los grupos organizados por las autoridades, numerosas

ñando a la mayoría de ellas figuraban maestros nacionales u otros funcionarios públicos que, dependiendo de las circunstancias concretas, contaban con distintos grados de responsabilidad en las mismas. Por tanto, no resulta extraño que, al igual que ocurriera con muchas otras expediciones de evacuación infantil al extranjero, un grupo de maestros acompañara a los «niños de Morelia». Sobre este pequeño colectivo docente vamos a centrar nuestra atención.

## LOS MAESTROS

Los testimonios que se han ido publicado hasta el momento nos dibujan la actuación de esos maestros de un modo claro y contundente. Comenzando con un criterio cronológico, el cual en este caso en concreto tiene especial importancia, el primero que plasmó por escrito un juicio sobre el particular fue Roberto Reyes Pérez. El director más señalado que tuvo la Escuela Industrial España-México, nos ha dejado desde una fecha tan temprana como 1940 las siguientes opiniones y referencias. En concreto, reproduce en su monografía la conversación mantenida el 5 de noviembre de 1937 con un alumno, precisamente el día en que se fue a hacer cargo de la dirección de la Escuela. El niño le comentó a su director:

«Hubo aquí un maestro español, me dice, en quien todos poníamos nuestra confianza, desde España vino acompañándonos en calidad de Caja de Ahorros pues a él entregamos cuanto dinero nos obsequiaban desde que llegamos a Cuba, contando que en total le dimos más de cinco mil pesos, los mismos que se llevó; Fuimos todos en masa a la Estación del ferrocarril en el momento en que lo abordaba ...»<sup>6</sup>

Además de reproducir esa conversación, Roberto Reyes completa el breve apartado que dedica a los maestros españoles con un párrafo lapidario con el que ilustra «... el descuido absoluto en que vivieron [los niños] durante toda la travesía internacional.»

«Una de las niñas más grandes P. G. fue violada por un tripulante; muchos pequeños vinieron en las máquinas durante todo el viaje, y los más afortunados en Tercera Clase y bajo la custodia de su propia conciencia; mientras los maestros viajaban en Primera, jugando, embriagándose y escandalizando, sin ocuparse de los menores que traían a su cuidado; claro que hubo sus honrosas excepciones (los maestros H. son contados por los niños entre ellos)»<sup>7</sup>.

---

organizaciones se sumaron a esa iniciativa organizando colonias y expediciones con la ayuda, en bastantes ocasiones, de grupos y colectivos extranjeros.

<sup>6</sup> Roberto REYES PÉREZ [3], p. 38

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 42.

Tan negativos comentarios se vieron confirmados y reforzados con la publicación ya indicada del testimonio de uno de los niños. Emeterio Payá Valera en su texto de memorias editado en 1985, vuelve a incidir en algunos de los hechos ya denunciados por Reyes Pérez. Así, se refiere en los términos siguientes a la sustracción que sufrieron los pequeños expedicionarios. Según su propia versión, el poco dinero que llevaban:

«... despertó la codicia del director de la expedición. Un señor Genaro Muñoz quien ya cerca del fin de la travesía atlántica, se dedicó a hacer una minuciosa revisión de maletas y bolsillos, para extraer de ellos cuanta moneda tuviésemos .... De esta suerte, nuestro señor Muñoz se levantó con una importante suma en pesetas de la época, casi toda en plata sonante, que vino a representar un sabroso incremento en los emolumentos que percibía por encabezar la expedición<sup>8</sup>».

El retrato se completa con otra tanda de juicios negativos que Payá Valera dedica a los maestros, los cuales en ningún momento se apartan de la línea marcada por Roberto Reyes. Incluso aporta nuevos detalles sobre la actuación de éstos, que incrementan las primeras acusaciones vertidas con otras nuevas de similar, o superior, calibre.

«Nuestros cuidadores <maestros> españoles, eran al parecer unos cuantos <enchufados> que aprovecharon sus mezquinas influencias para sustraerse a la obligación de defender la legalidad española con las armas en la mano. Porque es lo cierto que salvo la excepción de los maestros Haro y alguno más. (sic) Los otros se dedicaron a disfrutar de la travesía peregrinando por bares y salas de primera. La mayor parte de nosotros, ni en ésta, ni en etapas posteriores, los llegamos a conocer apenas<sup>9</sup>».

Emeterio Payá no intenta ocultar en ningún momento su opinión y en las páginas siguientes nos demuestra que valoración tan negativa se mantuvo a lo largo del tiempo, cuando afirma: «Años después, ya adultos, los iríamos encontrando por los cafés capitalinos a donde acudían en aras de su atavismo cafetero. Pretendían enternecernos con expresiones paternas: ¿Cómo estás hijo mío?<sup>10</sup>» De ese comentario podemos inferir que la mala consideración, que cae de lleno en el desprecio, llegó a constituir una categoría constante y permanente para un significativo sector de los «niños de Morelia». Lógicamente esos antecedentes condicionaron por completo las relaciones entre niños y maestros, integrantes ambos del peculiar colectivo que fue el exilio republicano español en México, el cual se

---

<sup>8</sup> Emeterio PAYÁ VALERA [3], pp. 29-30. El autor comenta en la introducción que ha empleado las memorias inéditas de otro «niño de Morelia». Asimismo, emplea en numerosas ocasiones citas y referencias del libro de Roberto Reyes.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 30-31.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 31.

relacionó internamente con cierta intensidad al contar con sus propios espacios sociales, culturales y políticos, y sus particulares prácticas societarias.

Por su parte, la historiadora Dolores Pla Brugat en su obra publicada también en 1985, insiste sobre los aspectos que hemos ido analizando hasta el momento. Al basarse en gran medida en técnicas de historia oral, recoge los testimonios de un amplio número de «niños de Morelia», los cuales se reafirmaron en las consideraciones ya señaladas. Por un lado, se menciona el abandono durante la travesía y la falta de interés generalizada, con contadas excepciones, por parte de los adultos acompañantes.

«Para el personal que los acompañaba fue imposible mantener el control sobre el grupo, aunque en honor a la verdad, tampoco pusieron demasiado interés en ello. La mayoría de mis informantes no recuerda haber tenido ningún contacto con esas personas durante la travesía y así lo hicieron saber más tarde al director de Morelia Roberto Reyes Pérez».

«Aunque habría que mencionar, por lo menos, dos honrosas excepciones: los esposos Haro y la maestra Tónica, recordados con afecto por los Niños de Morelia<sup>11</sup>».

Y como colofón de esa actitud tan despreocupada vuelve a plantearse el engaño y la sustracción de las pocas piezas de valor que llevaban los niños. «Lo que sí recuerdan los informantes es que uno de los profesores, bajo el pretexto de guardarles cualquier cosa de valor que trajeran, los despojó de lo que los padres les habían entregado, ya fuera algunas pesetas, alguna medalla de oro, etcétera<sup>12</sup>».

Nos interesa resaltar que, aunque hay muchos elementos que diferencian a los tres autores que hemos venido siguiendo hasta el momento —desde la posición de partida y la metodología empleada para realizar el estudio, hasta circunstancias personales como la edad, formación o vinculación con los hechos narrados— en cambio, su discurso sobre la actuación de los maestros españoles resulta prácticamente similar. Todos parten básicamente de la experiencia personal de los protagonistas de esa historia y de esa misma experiencia común, y pese a posibles diferencias en otros aspectos, los tres relatos comparten idénticas valoraciones sobre ese aspecto, de tal modo que sus versiones se refuerzan mutuamente.

La imagen de los maestros españoles que se desprende de esos textos presenta rasgos bien perfilados. En cuanto a la competencia profesional los calificativos no pueden ser más negativos. Su falta de interés por las tareas que tenían encomendadas quedó bien patente en todo momento y casi se insinúa que, además de que no quisieron, en realidad eran incapaces de desempeñar sus funciones docentes. Y si nos situamos en el ámbito estrictamente personal, los juicios resultan más descalificatorios todavía. «Enchufados» que se unen a la expedición para

---

<sup>11</sup> Dolores PLA BRUGAT [3], p. 40.

<sup>12</sup> *Idem.*

eludir su movilización militar, borrachos que abandonan sus tareas para acudir a bares y mostrando una conducta que escandalizaba a todos. Y para mayor inri, unos desalmados que se aprovecharon de la situación —o cuando menos la consintieron por su falta de diligencia— para robar a los escolares del poco dinero que llevaban y de las aportaciones que fueron recibiendo durante su viaje hasta la ciudad de Morelia. Además tales calificaciones se dirigen a todos los maestros en su conjunto, con alguna pequeña excepción.

## NUEVOS DATOS

La descripción de la actuación de los maestros españoles que acompañaron a los «niños de Morelia», y en general toda la interpretación en torno a ese primer eslabón del exilio republicano de 1939 en México, quedó fijada tal como la hemos descrito en 1940 a partir del libro de Roberto Reyes Pérez. Las publicaciones posteriores nos han ido aportando otros elementos, pero sin desviarse básicamente de la orientación ya señalada en el primer texto. Esto ha sido así hasta muy recientemente. Hace escasos meses, los profesores Sánchez Andrés y Figueroa Zamudio publicaron un trabajo en el que a partir de nuevas fuentes de documentación, realizaban interesantes aportaciones que añadían otros elementos inéditos que matizan algo esa descripción<sup>13</sup>.

El texto plantea, mediante el empleo de documentación oficial de la Administración mexicana, que la expedición se sustentó desde sus mismos inicios sobre importantes malentendidos. Al parecer, hubo una grave falta de coordinación entre Ramón P. de Negri, representante del gobierno de México ante el gobierno de la República española, y los máximos responsables de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Básicamente, el problema consistió en que, como se demuestra en el citado texto con una muy sólida fundamentación documental, el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social español dio por hecho, tras las conversaciones mantenidas con Negri, que los maestros españoles permanecerían junto a los niños mientras durara su estancia en tierras mexicanas<sup>14</sup>.

Pero, por el contrario, las autoridades mexicanas actuaron planteando como criterio básico que eran ellas las únicas responsables de la expedición, aunque su representante en Madrid no actuara en consecuencia con esas directrices. A partir de esos datos y referencias debemos considerar una variable más al interpretar la actuación de los maestros españoles. No cabe la menor duda de que en cuanto llegaron al puerto de Veracruz quedaron sometidos a una difícil tesitura. Por un lado, el gobierno español les había encomendado la misión de cuidar a los integrantes de la expedición. Pero, por el contrario, las autoridades mexicanas consi-

---

<sup>13</sup> Silvia FIGUEROA ZAMUDIO y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS [3].

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 251-256.

deraban que esa era una de sus exclusivas competencias. Se trataría de un interesante matiz que nos lleva a plantear nuevos interrogantes sobre su actuación. Queda claro que desde que llegaron a tierra mexicana, sus posibilidades de acompañar a los niños quedaron considerablemente mermadas. Lo cual es un nuevo dato que hasta ahora no se había tomado en consideración.

#### LA VOZ DE LOS MAESTROS

Si hasta aquí me he centrado en el análisis de los datos aportados por algunos de los protagonistas de los acontecimientos, o por los investigadores que lo han tratado, a partir de este momento voy a cambiar de perspectiva. Diversas circunstancias me han permitido tener acceso a documentación de indudable interés sobre la actuación de los maestros españoles. En su mayor parte fue redactada por los dos sucesivos responsables que tuvo ese colectivo docente y se trata de documentos que han permanecido completamente inéditos hasta ahora<sup>15</sup>. De ese modo se pueden aportar nuevos elementos que permiten conocer mejor su actuación. Incluso podemos señalar que es la primera vez que se recoge su propio testimonio, ya que hasta el momento todos habían enjuiciado su actuación a través de las opiniones de otros protagonistas de este episodio.

En primer lugar habría que precisar un dato preliminar. Quiénes eran estos maestros. Cuáles fueron los nombres de esos adultos que acompañaron a los «niños de Morelia». Las referencias manejadas hasta ahora se refieren a ellos de una manera genérica, sin aportar más que tres o cuatro nombres concretos. De la documentación que hemos manejado se desprende una importante evidencia que debe ser tenida muy en cuenta. Los «niños de Morelia» llegaron a México acom-

---

<sup>15</sup> La maestra Dorotea Pascual Monje, una de las maestras españolas que acompañó a la expedición de los «niños de Morelia», tuvo la amabilidad de facilitarme toda la documentación que voy a emplear en este apartado. Conoció a la maestra Dorita en el año 1992. La visité varias veces en su domicilio, en esa y en otras ocasiones, y me aportó valiosa información para la investigación que estaba realizando en aquel momento sobre el exilio pedagógico de 1939 en México. Además, me contó diversos episodios de su larga e interesante trayectoria personal y profesional en España y México. Incluso me dejó consultar la carpeta en donde conservaba los informes sobre los «niños de Morelia» que ahora empleo. Voy a basarme, fundamentalmente, en esa documentación, centrándome en lo referente a la actuación de los maestros españoles, aunque las cartas e informes contienen otros datos y referencias de indudable interés. En su conjunto, el expediente comprende 27 documentos. Básicamente se trataba de los informes que los dos responsables de ese grupo de maestros enviaron a las autoridades educativas españolas, dando cuenta de la situación de los niños y de las gestiones que iban realizando para poder llevar a cabo su misión. Junto a ellos se conservan algunos otros, notas e informes cruzados entre diversas autoridades mexicanas y españolas, en los que se trata la cuestión de los «niños de Morelia». Debe precisarse que esas últimas piezas corroboran en todo momento los juicios y opiniones reflejados en los informes de los responsables. Dorotea Pascual Monje falleció, ya muy mayor, en la ciudad de México, en la primavera de 2002. Desconocemos el destino final de la documentación ya que no tenía descendencia.



pañados por una serie de adultos. Pero, frente a lo que pudiera parecer, no se trataba de un colectivo homogéneo, aunque hasta ahora haya sido considerado como tal, tanto por parte de las rememoraciones memorialistas, como por los análisis de los investigadores. En realidad, los adultos constituían dos grupos bien diferenciados. De una parte, hay que situar a un primero designado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social español, y compuesto por: dos médicos, cuatro enfermeras, dos puericultoras, dos camareros y ocho acompañantes (entre los cuales se encontraban el escritor Vidal y Planas, su señora, el Sr. Moet y el periodista M. Madero, estos dos últimos de nacionalidad mexicana). Su misión específica era atender a los niños durante el viaje, finalizando su cometido cuando los niños se encontraran instalados en su destino final.

Pero además, la expedición también vino acompañada por otro grupo bien diferente. Se trataba de nueve maestros con una misión muy distinta a la del grupo anterior. De acuerdo con las pautas pedagógicas adoptadas por las autoridades españolas, las expediciones de niños enviadas a otros lugares, normalmente eran acompañadas por maestros españoles. Éstos tenían como objetivo específico de su actuación cuidar la formación y supervisar la evolución general de los niños una vez estuvieran todos ubicados en su destino, por lo que debían acompañar de un modo permanente a los pequeños expedicionarios. Hubo, pese a las opiniones mantenidas hasta ahora, dos grupos diferentes de adultos con cometidos diferenciados y con responsabilidades distintas. Unos debían cuidar de los niños mientras durara la travesía. Los otros, que eran realmente los profesionales de la enseñanza, debían tutelar su formación en tanto permanecieran fuera del país. Este segundo grupo, de cuya actuación nos vamos a ocupar, estaba formado por los maestros: Dantón Canut Martorell, Dorotea Pascual Monje, David Ranz Lafuente, Ángel Martínez Hernández, Marcos de la Monja Monje, Eduardo Haro, Joaquina López y José Martínez Aguilar. Al frente de este grupo docente estuvo el inspector Fernando Sáinz y cuando éste tuvo que regresar a España a finales de noviembre de 1937, ocupó sus funciones José Martínez Aguilar. Finalmente, como responsable último de ambos grupos de adultos y de toda la expedición figuró «un representante del Ministerio de Asistencia Social apellidado Muñoz»<sup>16</sup>.

Resulta importante destacar que, como se comprobará a continuación, del análisis de la nueva documentación se desprende con mucha claridad que en ningún momento los maestros olvidaron cuál era la misión que les había traído a tierras mexicanas. La preocupación fundamental, la cual se ponía de manifiesto constantemente en los informes redactados por los responsables del grupo docen-

---

<sup>16</sup> Hemos empleado las referencias que aparecen en un informe titulado «Expedición de cuatrocientos cincuenta y cinco niños españoles a México. Historial extractado. Mayo 1937 - febrero 1940» redactado por José Martínez Aguilar, uno de los maestros citados. Archivo particular de Dorotea Pascual Monje (citado en adelante como ADPM). Obsérvese que el apellido del responsable de la expedición coincide con el de la persona que es acusado por varios autores como autor del robo del dinero que llevaban los niños.

te, fue la atención educativa a los niños de la expedición. Acompañada con su permanente lamento por no poder llevarla a cabo con la eficacia que ellos mismos deseaban<sup>17</sup>.

Como ya indicamos, su actuación se vio seriamente condicionada por el malentendido inicial. Recordemos que las autoridades españolas pensaban que sus funcionarios docentes podrían supervisar y responsabilizarse de gran parte de la formación de los jóvenes expedicionarios. Mientras que, por el contrario, el gobierno mexicano estaba convencido de que él era el único responsable de la educación y del bienestar de los niños. Fernando Sáinz, responsable educativo de la expedición, comprobó el desacuerdo nada más poner pie en el puerto de Veracruz. Así relataba lo sucedido el día 7 de junio de 1937, en el mismo instante en que la comitiva de la Secretaría de Educación mexicana, encabezada por su subsecretario, recibió al grupo de niños evacuados. «En aquel momento tuvimos la primera noticia de que tampoco consideraban necesaria la estancia de los maestros, puesto que ya estaban designados por el Gobierno mexicano los que habían de desempeñar las escuelas que se organizaran con nuestros colonos<sup>18</sup>».

La situación se complicó aún más para sus intereses, ya que los funcionarios no pudieron contar con los buenos oficios y el apoyo de la embajada española. Los fallos de coordinación y los malentendidos también habían afectado a la representación de la República española, como puso de manifiesto con tristeza en su escrito el propio Fernando Sáinz. «No menor ha sido nuestra sorpresa y amargura al ver que tampoco nuestra Embajada tenía conocimiento de las condiciones en que veníamos y por tanto ni ha podido defender nuestros nombramientos ni podía hacernos aquellos anticipos<sup>19</sup>».

Pese a todo, los maestros acompañaron a los niños en su viaje de Veracruz a la ciudad de México y de allí a Morelia, su destino final. En esa población el desencuentro inicial se ratificó. En palabras de Fernando Sáinz, allí «no hubo modo de saber cual era nuestra función ni si habíamos de realizar alguna.» Cuando los jóvenes expedicionarios estuvieron instalados en su nueva residencia, fueron re-

---

<sup>17</sup> En cuanto al comportamiento del resto de los adultos que formaron parte de la expedición, poco podemos añadir. Aunque las escasas referencias localizadas en la documentación manejada inciden en valorarla negativamente.

<sup>18</sup> ADPM. Escrito de Fernando Sáinz dirigido a la Dirección General de Primera Enseñanza del ministerio español de educación, con fecha 20 de junio de 1937, titulado «Expedición de niños a México. Informe».

<sup>19</sup> *Idem*. En cuanto a la cuestión de los anticipos, se trató de la otra gran preocupación de los maestros. El acuerdo inicial entre las autoridades españolas y el embajador mexicano incluía el extremo de que el gobierno de este último país devengaría los salarios de los maestros que acompañaban a la expedición. Una vez llegados a Veracruz el gobierno mexicano se ratificó en su criterio de asumir todas las responsabilidades sobre los «niños de Morelia», con lo que la situación económica de los maestros se tornó muy precaria, ya que la administración mexicana no se hizo cargo de sus salarios. Puede consultarse sobre el particular Silvia FIGUEROA ZAMUDIO y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS [3], pp. 250-251.

queridos por el propio Secretario de Educación, quien había acompañado a los niños en su último trayecto, para que se trasladaran con él de nuevo a México, y dejar de ese modo el campo completamente libre a los educadores mexicanos. Por lo que el 14 de junio de 1937 dejaron Morelia en dirección al Distrito Federal.

Tal como se presentaba la situación, producto de graves malentendidos y de serias confusiones, sólo cabían tres posibilidades. El responsable educativo español las resumió con claridad al final del informe que estamos empleando. La primera, que la administración española insistiera en que «nuestros colonos deben ser atendidos por los maestros españoles; en cuyo caso deberá ser persuadido el Gobierno mexicano por el conducto que se estime pertinente.» En segundo término, las autoridades españolas podían desistir de sus planteamientos y proceder a organizar el regreso de los funcionarios docentes. Finalmente, se podía establecer un sistema de colaboración para que los maestros españoles cooperaran en algunos aspectos de la educación de los «niños de Morelia»<sup>20</sup>.

De las tres posibilidades, la situación se fue inclinando, mal que bien, hacia la última propuesta. Aunque en los primeros momentos, mientras llegaba el acuerdo entre ambos gobiernos —el cual resultó muy complicado por la lejanía y las urgencias de todo tipo a las que tenía que hacer frente la administración educativa española a causa de la Guerra Civil— los maestros pensaron que sus posibilidades eran prácticamente nulas. José Martínez Aguilar, que se encargó de la coordinación del grupo tras la vuelta a España de Fernando Sáinz, escribió su opinión en un informe a sus superiores en España fechado el 30 de noviembre de 1937. En aquellos momentos pensaba muy seriamente que se iba a prescindir por completo de ellos, juicio que reiteró tres meses después en otra carta señalando textualmente «... es mi opinión personal que de aquí no hemos de sacar nada limpio»<sup>21</sup>.

Mientras se aclaraba la situación, y pese a los malos presagios, los profesores españoles no estuvieron inactivos. Forzados contra su voluntad a no poder intervenir de modo alguno en la educación de los «niños de Morelia», según se desprende de la documentación manejada, estuvieron permanentemente preocupados por su situación. Además, colaboraron, en la medida de sus posibilidades, con los organismos mexicanos que apoyaban la causa republicana, como el Comité de Ayuda al Niño Español, el Frente Popular Español y la Sociedad de Amigos de España. Sin dejar tampoco de encontrarse permanentemente «a disposición de la Embajada»<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> *Idem.*

<sup>21</sup> ADPM. Cartas dirigidas a César Lombardía, Director General de Primera Enseñanza, fechadas el 30 de noviembre y 7 de marzo de 1937. La copia que hemos consultado de la primera no lleva firma. Hemos presupuesto que fue redactada por José Martínez Aguilar, ya que el anterior responsable educativo volvió a España en una fecha anterior.

<sup>22</sup> ADPM. Carta dirigidas a César Lombardía, Director General de Primera Enseñanza, fechada el 29 de diciembre de 1937.

Por los datos que se manejan en los informes que estamos analizando, la situación personal de los maestros en esa primera etapa resultó sumamente complicada. En el aspecto material, padecieron muchos apuros económicos, ya que debían hacer frente a todos los gastos de alojamiento y manutención sin percibir salario alguno. Incluso algunos de ellos habían viajado acompañados de su familia, debido a que en la previsión inicial se presuponía una estancia larga, lo cual incrementaba notablemente los problemas materiales. Solamente tras muchas gestiones pudieron conseguir una solución muy parcial cuando la embajada comenzó a adelantarles algunos pequeños anticipos de sus haberes como funcionarios públicos.

Y desde la perspectiva meramente profesional tuvieron que superar todas las incertidumbres y recelos que despertaban, intentando convencer a la administración mexicana para que cambiara un criterio de actuación que tenía muy bien formado. Así describía José Martínez Aguilar, en un informe remitido a los responsables españoles, las gestiones que había llevado a cabo Fernando Sáinz con las autoridades de ese país antes de su vuelta a España. «Los informes que te ha mandado, y que todos conocemos no pueden reflejar con exactitud el interminable e inútil calvario que ha sufrido, el desasosiego de largas horas de espera día tras día en antecámaras y despachos, la irritación contenida por mil informalidades y la desesperante lentitud que aquí tienen para todo<sup>23</sup>». Parece ser, tal como se desprende de esta nueva documentación, que ese pequeño colectivo de maestros llevó a cabo una ardua tarea para intentar desempeñar, al menos parcialmente, la misión educativa que se le había encomendado y que ha permanecido completamente desapercibida hasta el momento presente.

## EN MORELIA

Finalmente, pese a los malos presagios, a finales de marzo de 1938 se produjo el deseado acuerdo entre las autoridades de ambos países, y los maestros españoles pudieron comenzar a tener ciertas responsabilidades sobre los niños. El 30 de marzo Roberto Reyes, director de la Escuela España-México, envió un pequeño memorándum al responsable de los profesores en el que indicaba que, «cumpliendo órdenes del señor Ministro», le comunicaba las tareas que los maestros españoles iban a desempeñar a partir de ese momento dentro del plan general de actividades de la Escuela. Así dos de ellos «se dedicarán a dar clases especiales de Historia, Geografía y Literatura... Otros dos se harán cargo de grupos, el de alumnos indisciplinados y anormales y el de 4º año... Los dos últimos maestros estarán dedicados a trabajos de taller<sup>24</sup>». Se trataba de un pequeño paso, pero

---

<sup>23</sup> Idem.

<sup>24</sup> ADPM. Carta de Roberto Reyes Pérez a José Martínez Aguilar con fecha 30 de marzo de 1938.

finalmente podían realizar al menos parcialmente la misión que se les encomendó cuando salieron de España.

Los nuevos planteamientos que les permitían por fin estar en contacto directo con los niños fueron acogidos con entusiasmo por los maestros, según se desprende de los informes que manejamos. Siete de ellos marcharon a Morelia, los seis señalados por el director de la escuela, más el responsable del grupo, mientras los otros dos permanecieron en el Distrito Federal «con la misión de controlar a los niños españoles que están en dicha capital». Asimismo, se cursaron peticiones a España para que se remitieran libros de texto de las materias citadas, ya que en México resultaba prácticamente imposible conseguir ninguno al encontrarse agotadas las ediciones<sup>25</sup>.

El modelo de participación que se implantó a partir de abril de 1938 fue ampliándose mínimamente con la introducción de ciertas variaciones, las cuales perseguían una mayor implicación de los maestros españoles. Además del grupo de 4º grado, semanas después, otro profesor español se encargó de la clase de tercer año<sup>26</sup>. Y cuando llegaron las vacaciones de navidad, que por aquel entonces suponían más de un mes de paralización de las actividades educativas, se organizó un viaje para que los colonos mayores de 10 años conocieran diversos estados de la República mexicana. La salida estuvo tutelada por los maestros y se programó con el objetivo «de que conozcan el país y establecer el intercambio escolar en todos sus aspectos<sup>27</sup>».

La nueva relación establecida entre los maestros españoles y los responsables mexicanos parecía que, poco a poco, iba dando sus frutos e iba permitiendo que los profesores españoles fueran adquiriendo mayor protagonismo. El clima de colaboración parecía tan positivo que llevó a José Martínez Aguilar a diseñar y proponer, tanto a los responsables mexicanos como a los españoles, otro modelo de organización del régimen de vida que seguían los niños. El proyecto contenía tres «proposiciones» bien diferenciadas. La primera consistía en dividir a los alumnos en grupos más pequeños, concretamente en seis de setenta niños, colocando cada uno de los cuales bajo la tutela de un maestro español. Los restantes colonos, se indicaba, en realidad ya no estaban en el internado sino en casas de familiares, o ingresados en alguna otra institución educativa o sanitaria. Además, para mejorar su inserción en la sociedad receptora, los pequeños internados se dispersarían por distintos estados del centro del país.

La segunda opción consistía en que «se transformara la Colonia de régimen colectivo en régimen familiar, repartiéndose a los niños en familias que ofrecie-

---

<sup>25</sup> ADPM. Carta con fecha 5 de abril de 1938, remitida por José Martínez Aguilar a César Lombardía.

<sup>26</sup> ADPM Carta de José Martínez Aguilar a Félix Gordón Ordas, Embajador en aquellas fechas de España en México, fechada el 20 de junio de 1938.

<sup>27</sup> ADPM Carta fechada el 30 de noviembre de 1938 de José Martínez Aguilar a Ester Antich, Directora General de Primera Enseñanza.

sen las debidas garantías.» En este caso los maestros españoles se convertirían en supervisores que visitarían dichos hogares «llevándose un riguroso control de todos los niños». Si esa opción era la elegida, ya se contaba con la buena predisposición del Comité de Ayuda al Niño español, con el cual, recordemos, habían colaborado los profesores españoles en los primeros momentos de su llegada a tierras mexicanas. Finalmente la última propuesta, se basaba en «que se nos entregue TOTALMENTE la Colonia; esto es su Dirección y Administración..... asumiendo nosotros toda la responsabilidad<sup>28</sup>».

En realidad, todas las propuestas se encaminaban hacia la misma dirección. Se trataba de desmontar por completo el sistema pedagógico impuesto por los maestros y las autoridades mexicanas, el cual había regido hasta la fecha la Escuela España-México. Éste se había caracterizado por efectuar mucho hincapié en las actividades grupales de todos los niños en su conjunto, teniendo como una de sus manifestaciones más características las formaciones y desfiles. Cotidianamente, las pautas paramilitares regulaban la vida de la Escuela a lo largo de toda la jornada y el sistema de organización interna se basaba en una estructura bastante jerarquizada de cargos. Todo ello muy impregnado de referencias implícitas a la ideología comunista, la cual era profesada por el director de la Escuela, así como por gran parte de sus colaboradores, los cuales llegaron a organizarse dentro de la institución como la «célula comunista de la Escuela España-México»<sup>29</sup>.

El contraste entre el sistema vigente con cualquiera de las nuevas propuestas resulta más que evidente. La búsqueda de una reorientación quedaba bien patente en los argumentos con que José Martínez Aguilar razonaba su proyecto ante las autoridades españolas. «No necesito decirte las ventajas que obtendríamos al tratarse de grupos reducidos, la simplificación de todos los problemas y el tinte hogareño, del que tan necesitados están, que podrán dárselos a estas Colonias, cosa casi imposible tratándose de los 450<sup>30</sup>».

Pero ese periodo de precaria colaboración que llevó a generar ciertas ilusiones, como se desprende de los textos que hemos citado en las páginas precedentes, no pudo llegar a consolidarse. La intervención de los maestros españoles estuvo presidida siempre por la precariedad y el voluntarismo, sin que contasen nunca con el respaldo suficiente de las autoridades mexicanas. A Roberto Reyes no le gustaban las intromisiones, y nunca vio con buenos ojos la participación de

---

<sup>28</sup> ADPM Carta de José Martínez Aguilar a Ester Antich, Directora General de Primera Enseñanza, con fecha 25 de junio de 1938.

<sup>29</sup> El modelo pedagógico implantado en la Escuela España-México recuerda bastante a las experiencias del pedagogo comunista Antón Makarenko. Puede consultarse al respecto tanto la obra de Emeterio PAYÁ VALERA, que proporciona numerosos datos desde la perspectiva de la memoria infantil, como las referencias que aporta el trabajo de Dolores PLA BRUGAT. Asimismo, Silvia FIGUEROA ZAMUDIO y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS efectúan interesantes aportaciones sobre el particular.

<sup>30</sup> ADPM Carta de José Martínez Aguilar a Ester Antich, Directora General de Primera Enseñanza, con fecha 25 de junio de 1938.

esos docentes en su Escuela<sup>31</sup>. Pero no sólo se trataba de una cuestión de enfrentamiento personal o de rivalidad profesional. La Escuela España-México desempeñó un fuerte papel simbólico dentro de la peculiar dinámica que seguía la política educativa mexicana. Por aquellas fechas el discurso político cardenista sobre la enseñanza tenía como núcleo fundamental «la educación socialista<sup>32</sup>.» Y como ha señalado Pla Brugat, la institución que acogió a los «niños de Morelia» se insertó por completo en esa línea de actuación<sup>33</sup>.

Las propuestas de los maestros españoles no sólo suponían la pérdida de protagonismo de los docentes mexicanos, con Roberto Reyes a la cabeza, sino que también implicaban una significativa reorientación pedagógica. De aplicarse, el modelo de referencia para la educación de los «niños de Morelia» dejaría de ser la institución que había sido hasta entonces. Las actividades ya no estarían dirigidas primordialmente hacia la socialización política de los niños, mediante el empleo de técnicas e instrumentos característicos del adoctrinamiento político. La alternativa estaría mucho más encaminada a resolver las cuestiones de socialización afectiva, que los profesores españoles consideraban primordiales, con la utilización de pautas de actuación educativas que buscaban compensar con cierta eficacia toda la problemática derivada del desarraigo familiar. Realmente se trataba de dos dinámicas de intervención pedagógica muy diferentes, que en bastantes de sus elementos pueden ser calificadas de contrapuestas<sup>34</sup>.

Las iniciativas de los maestros españoles fueron apoyadas por sus superiores en España y, actuando en consecuencia, el embajador español Félix Gordón Or-

---

<sup>31</sup> El propio Reyes afirmó que se proclamaba, empleando una fórmula muy mexicana, «intransigente en lo absoluto respecto a toda intromisión del exterior» Roberto REYES PÉREZ [3], p. 59. No está tampoco de más que recordemos que en el *memorandum* que envió con la propuesta de colaboración para los maestros españoles, indicaba en su primer párrafo que actuaba «cumpliendo órdenes del señor Ministro».

<sup>32</sup> Puede consultarse sobre esa interesante página de historia de la educación mexicana los textos de Gilberto GUEVARA NIEBLA, *La educación socialista en México (1934-1945)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985 y Victoria LERNER, *La educación socialista*, México, El Colegio de México, 1979. En el primero se pueden encontrar abundantes referencias doctrinales, mientras que en el segundo se profundiza en el análisis de la experiencia.

<sup>33</sup> Dolores PLA BRUGAT [3], pp. 71-76. En esas páginas se relatan los incidentes ocurridos entre algunos de los niños con sectores de la sociedad michoacana, por el apedreamiento de iglesias o el destrozo de imágenes religiosas. O las prácticas de adoctrinamiento que llevaron al director a pintar en el comedor de la escuela un mural cuya figura central era un Cristo con una cabeza de burro, el cual, debido a ciertas protestas, fue sustituido por otro en el que se reproducían las figuras de los líderes revolucionarios españoles, Buenaventura Durruti, Francisco Ascado y José Díaz.

<sup>34</sup> Debe tenerse en cuenta que José Martínez estuvo muy vinculado en Valencia al movimiento de las colonias escolares. Participó como maestro en algunas de ellas y fue dirigente durante años de dicho movimiento en su ciudad natal. Por tanto era un auténtico especialista en ese tipo de actuaciones; incluso publicó durante su exilio un libro sobre esa temática. José, MARTÍNEZ AGUILAR, *Colonias Escolares*, Ed. Luis Fernández G., Editor, México, 1957. Puede consultarse al respecto José Ignacio CRUZ, *Las colonias escolares valencianas (1906-1936) Un ejemplo de renovación educativa*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 60 - 65.

dás, efectuó diversas gestiones para respaldarlas. En concreto, el Ministerio español de Instrucción Pública remitió a sus colegas mexicanos una nota en la que expresaba cuáles eran las bases para establecer una fórmula de común acuerdo sobre los «niños de Morelia». Ésta se centraba en tres puntos. El primero, «dar una continuidad a nuestros intereses culturales (idioma, historia, geografía, relaciones con España en general).» El siguiente se centraba en «una colaboración cordial con el personal mexicano», para finalizar con el deseo de «una convivencia de los maestros españoles con los niños que permita la residencia de aquellos en el Internado»<sup>35</sup>.

Pero las peticiones españolas no encontraron el eco deseado en las autoridades mexicanas y la respuesta oficial se fue dilatando en el tiempo, señal inequívoca de las resistencias que estaba encontrando. Agotada la paciencia, José Martínez Aguilar dirigió una misiva a Gonzalo Vázquez Vela, titular de la Secretaría de Educación Pública, en cuyo primer párrafo, antes de enumerar las cuestiones pendientes de resolución, señalaba:

«Después de más de treinta sesiones de espera, algunas de las cuales de tres horas, y comprendiendo que sus múltiples ocupaciones le hacen imposible el recibirme, le suplico con el mayor encarecimiento, se sirva dedicar unos minutos a la tramitación y resolución de los asuntos que esquemáticamente le resumo»<sup>36</sup>.

A partir de esa fecha volvemos a encontrar en la documentación que estamos manejando expresiones de desaliento que nos indican que las posibilidades de actuación de los maestros españoles tornaban a ser muy escasas. A principios de octubre José Martínez Aguilar comunica a su responsable en España que «... he llegado a la conclusión desoladora de que de la Secretaría de Educación de México no hemos de sacar nada en limpio y por tanto sobramos la inmensa mayoría de los maestros españoles<sup>37</sup>». A pesar de todo no cesaron las gestiones para

<sup>35</sup> ADPM. Hemos consultado las bases propuestas en una copia de las mismas, fechada el 28 de agosto de 1938, dirigida por el titular de la Secretaría de Educación Pública a José Martínez Aguilar. En lo que respecta a las actividades del embajador hemos consultado una carta del 9 de julio dirigida al Ministro de Estado español en la que hace referencia a sus contactos en ese sentido con la Secretaría de Educación Pública mexicana. También hay referencia a las gestiones de las autoridades españolas en una carta posterior muy clarificadora, remitida desde el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad al embajador español en México con fecha de 10 de diciembre de 1938.

<sup>36</sup> ADPM. Carta de José Martínez Aguilar, dirigida al licenciado Vázquez Vela con fecha 29 de julio de 1938. Al respecto, podemos añadir que el desarrollo de esas bases requería, lógicamente, que las autoridades mexicanas designaran un responsable. Ese trámite se demoró al menos cuatro meses. El 1 de noviembre el Secretario de Educación dirigía un escrito a su subsecretario para que efectuara la designación, habida cuenta que había tratado la cuestión con el Presidente de la República y éste se había mostrado de acuerdo. Pero por una referencia posterior localizada en una carta con fecha 21 de diciembre, sabemos que aún no había sido nombrado el citado representante. Episodio bien explícito de los problemas burocráticos a los que debieron enfrentarse los maestros españoles.

<sup>37</sup> ADPM. Carta fechada el 8 de octubre de 1938, dirigida a Ester Antich por José Martínez Aguilar.



solucionar algunos de los problemas más acuciantes de los niños. Con tal finalidad, José Martínez Aguilar celebró varias entrevistas con los responsables mexicanos para buscar itinerarios formativos adecuados para los alumnos de mayor edad. Para ellos se cursaron solicitudes para que ingresaran en una institución de educación agrícola de segunda enseñanza próxima a Morelia o en diversas escuelas de especialidades militares como sanidad, radiotelegrafía, etc.<sup>38</sup>.

El panorama que estamos describiendo tan repleto de tensiones tuvo sus repercusiones entre los maestros españoles. Las escasas expectativas de cumplir la misión que tenían encomendada, las largas demoras en la toma de decisiones y las estrecheces económicas, acabaron haciendo mella en el grupo. Surgieron entre ellos planteamientos divergentes, cuando no enfrentados. Algunos querían volver a España de inmediato, una maestra presentó su petición de excedencia en la Embajada y otros dos fueron cesados por las autoridades españolas debido a discrepancias internas, ya que se habían enfrentado al responsable del grupo, encontrándose en el verano de 1938 a la espera de que se tramitara su retorno. Según se desprende de diversas cartas fechadas todas en agosto de ese año, el clima dentro del grupo se deterioraba por momentos, acusando la falta de perspectivas claras y las fuertes tensiones sufridas<sup>39</sup>.

A finales de 1938 las autoridades españolas consideraron que la espera ya había durado demasiado y que poco más se podía conseguir del gobierno mexicano. En una carta al embajador español, el Ministro de Instrucción Pública, tras reproducir la nota que había remitido en julio de ese mismo año al embajador de México en España, en la que fijaba la posición española sobre la expedición de los «niños de Morelia», le comunicaba su decisión.

«Como hasta el presente ninguna respuesta ha sido dada a la comunicación anterior y los maestros españoles siguen sin prestar el servicio para el que fueron enviados, este Ministerio, interpretando el silencio del Gobierno mejicano en el sentido de que persiste en la idea de que nuestros funcionarios son allí innecesarios, ha resuelto repatriar al referido grupo de maestros, dando al efecto, las oportunas ordenes a nuestra Embajada en aquel país.

Deberán ser igualmente repatriados aprovechan la compañía de los maestros que regresan .... cuantos niños hayan cumplido diez y seis años, y tengan por tanto, obligaciones premilitares y militares que cumplir<sup>40</sup>».

---

<sup>38</sup> ADPM. Carta de 29 de agosto de 1938, dirigida por José Martínez Aguilar a la Directora General de Primera Enseñanza. En algunos de los informes se llegan de forma personalizada los problemas concretos que afectaban a ciertos alumnos intentándoles buscar una solución.

<sup>39</sup> ADPM. En concreto me baso en tres cartas enviadas por José Martínez Aguilar a la Directora General de Primera Enseñanza, fechadas el 1, 6 y 17 de agosto de 1938. La del día 6 se conserva el borrador.

<sup>40</sup> ADPM. Carta de Segundo Blanco, Ministro de Instrucción Pública y Sanidad, dirigida al Embajador de España en Méjico, con registro de salida de 10 de diciembre de 1938. La carta indi-

Pero la situación de la España republicana se deterioraba por momentos. En los primeros meses de 1939 las fuerzas mandadas por el general Franco emprendieron la ofensiva en el frente de Cataluña, forzando la retirada generalizada del ejército popular. El colapso del gobierno de la República se encontraba próximo, lo que no facilitó las gestiones de repatriación. La decisión se les comunicó a los afectados a finales de enero de 1939, coincidiendo con la caída de Cataluña, la cual presagiaba el triunfo definitivo de las fuerzas sublevadas<sup>41</sup>. Finalmente, debido a las trágicas circunstancias de la derrota de la República, ni los maestros, ni los niños mayores de dieciséis años, ni ningún otro componente de la expedición pudieron volver a España en ese momento. De ese modo, lo que comenzó como una colonia de niños evacuados, acabó convirtiéndose en la avanzadilla de un exilio al que se sumaron pocos meses después miles de compatriotas.

Aún nos queda por añadir un dato más para completar la actuación de los maestros españoles. En esos momentos finales de la República española, cuando el porvenir se tornó especialmente inquietante para ellos, la Administración mexicana, con la que tantos problemas habían surgido, les mostró una cara mucho más sensible y acogedora. Ante la grave situación de desamparo en que quedaban, el embajador español volvió a plantear la cuestión al gobierno mexicano en los primeros días del mes de marzo de 1939. En esta ocasión la respuesta oficial no se hizo esperar. Y el 23 de ese mismo mes recibía contestación en los términos siguientes:

«Por tal motivo, el suscrito (se trata del Secretario de Educación Pública), en su acuerdo con el C. Presidente de la República, procurará obtener la autorización correspondiente, a fin de proporcionar empleo a dichos Maestros y remediar así la situación en la que se encuentran<sup>42</sup>».

Por los datos que hemos podido contrastar, esa promesa se cumplió fielmente, convirtiéndose en una de las primeras muestras de la generosa acogida que el gobierno mexicano brindó a los exiliados republicanos españoles a partir de 1939. Todos los integrantes del grupo permanecieron en México, al menos durante los primeros años del exilio. Y sabemos también que al menos tres de ellos pudieron desarrollar una interesante carrera profesional como funcionarios del sistema público de enseñanza mexicano<sup>43</sup>.

---

caba que a la marcha de los maestros, la Embajada y el Consulado español en aquel país asumiría una «función tutelar» sobre «nuestros colonos».

<sup>41</sup> ADPM. Carta de 23 de enero de 1939 dirigida a José Martínez Aguilar por José Loredó Aparicio, encargado de negocios de la Embajada de España en México.

<sup>42</sup> ADPM. Carta fechada el 23 de marzo de 1939 remitida al Embajador de España en México, por la Secretaría de Relaciones Exteriores. La carta copia un texto remitido por la Secretaría de Educación Pública.

<sup>43</sup> Nos referimos en concreto a Dorotea Pascual Monje, José Martínez Aguilar y Dantón Canut Martorell. Hemos reconstruido la trayectoria de los dos últimos en José Ignacio CRUZ, *Educa-*

## CONTRADICCIÓN O COMPLEMENTACIÓN

Como ha quedado bien patente en las páginas anteriores, nos encontramos ante dos versiones bien diferentes acerca del comportamiento de los maestros españoles que acompañaron a los «niños de Morelia». Para unos fueron, en una imagen intensamente acrisolada por los años, incompetentes, incapaces, borrachos, ladrones y cobardes. En cambio, de la documentación inédita que hemos empleado se desprende un planteamiento bien distinto. Constantemente preocupados por los «niños de Morelia», intentando en todo momento cumplir la misión tutelar que les habían encomendado las autoridades españolas, insistiendo una y otra vez ante la Administración mexicana para que se les dejara estar junto a ellos y diseñando a la menor oportunidad soluciones para resolver algunos de los muchos problemas que tuvieron que enfrentar esos escolares. Sería difícil encontrar versiones tan dispares a la hora de analizar cualquier tipo de experiencia pedagógica.

Ahora bien, pensamos que lo que realmente habría que plantearse es si nos encontramos ante opiniones contradictorias, las cuales nos obligan irremediablemente a elegir una y rechazar a la otra, o más bien nos enfrentaríamos a juicios diferentes, pero que sumados nos facilitarían una visión más cabal y completa de un episodio tan especial, complicado, y en cierta medida tan desafortunado, como el de los «niños de Morelia». Creo que esa segunda posibilidad resulta perfectamente plausible como veremos a continuación y que realmente nos encontramos ante versiones básicamente complementarias.

El primer argumento que tenemos que tener en cuenta, es que no contamos con ningún elemento que nos permita dudar de la veracidad de cualquiera de las dos opiniones. La primera de ellas recoge la percepción de los propios niños, sus opiniones personales y la de quien fue director de la Escuela España-México, las cuales conforman un discurso coherente que resulta mutuamente confirmado por las distintas partes. Y por otro lado, las piezas documentales con las que hemos trabajado para analizar la tarea de los maestros españoles presentan una gran consistencia interna. Además, la media docena de documentos consultados que están redactados por otros funcionarios mexicanos y españoles distintos a los propios maestros, corroboran por completo sus juicios y afirmaciones.

Por otra parte, los autores de la mayoría de los informes inéditos eran personas muy conocidas dentro del mundo de la enseñanza española, donde gozaban de una reputación bien considerable. Fernando Sáinz fue un prestigioso inspector que se había destacado en los círculos pedagógicos por la divulgación de la metodología didáctica vinculada al movimiento de la «escuela nueva». Desde fina-

---

*ción republicana en América (1939-1992)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1994, pp. 125-132. De la maestra Dorita Pascual sabemos, por medio de su propio testimonio, que ejerció como maestra hasta su jubilación en una escuela primaria del humilde barrio de Tepito en el Distrito Federal. De los otros cinco maestros sólo conocemos por el momento, que recibieron algunos subsidios de los organismos organizados por las autoridades españolas en el exilio.

les de 1931, el gobierno de la República en reconocimiento a la amplia tarea desarrollada le nombró Inspector General, puesto de la máxima relevancia profesional. Ya en el exilio, se vio forzado a efectuar un amplio periplo que le llevó de Francia a la República Dominicana, de allí a Puerto Rico y por último a los Estados Unidos en donde se instaló definitivamente. En ese país dio clases de cultura española, en centros de secundaria hasta su muerte en 1957<sup>44</sup>.

Y en lo que respecta a José Martínez Aguilar se trataba de un destacado maestro que trabajó en distintas escuelas públicas valencianas. Pasó todo el exilio en México, colaborando con destacadas personalidades republicanas. Allí contó siempre con el reconocimiento de sus compatriotas exiliados, ya que llegó a ser presidente durante varios años de la Casa Regional Valenciana en México y ocupó la secretaría del Centro Republicano Español durante un amplio periodo de tiempo. Se trataba en ambos casos de profesionales bien reconocidos y que, tras el episodio de los «niños de Morelia», continuaron gozando de prestigio personal entre el colectivo exiliado. Su trayectoria no concuerda con los juicios negativos que se emitieron sobre ellos, ni nos permite dudar de la veracidad de la actuación que describieron en la documentación citada.

Por tanto, creo que nos encontramos, como ocurre tantas veces en los fenómenos educativos, ante dos versiones que nos proporcionan información bien distinta por estar realizadas desde muy diferentes perspectivas. Así, los colonos recuerdan el viaje y la instalación en Morelia como acontecimientos que afrontaron en solitario, lejos de sus familias y sin la presencia y el apoyo de los adultos que los acompañaban desde España y que debían de suplir en parte la ausencia de padres y hermanos. Los maestros nos relatan esos mismos episodios, pero añadiendo nuevas variables. Tras los dos primeros días en Morelia, se vieron forzados a dejar la ciudad por indicación directa del propio Secretario de Educación Pública. Y en lo que respecta al viaje, José Martínez Aguilar señala en varias ocasiones que, tanto durante el trayecto efectuado en tren por España y Francia como en la travesía en barco, la organización por parte española fue pésima. De ahí que el desencuentro entre los niños y los adultos que los acompañaban en esos primeros días tan cruciales resultase amplio y profundo. Tan profundo que aquellos no pudieron establecer ningún tipo de diferenciación entre éstos. A todos acusaron del abandono que tan vivamente estaban experimentando en ese momento, sin detenerse a efectuar distinciones sobre quién tenía responsabilidad concreta en cada uno de los momentos, e identificando a todos con la común de-

---

<sup>44</sup> Ahora que nos referimos a datos biográficos de los maestros, podemos comprobar con un simple cotejo de fechas, la falta de fundamento de alguna de las críticas vertida hacia ellos. Fernando Sáinz nació en 1889. Luego en 1937 contaba con 48 años y en las fechas que ocurrieron los episodios analizados, José Martínez Aguilar tenía 39 y Dantón Canut 41. Teniendo en cuenta esos datos, no parece adecuado acusarles de «enchufados» que quisieran escapar del reclutamiento. Una referencia más que apunta a que las críticas se efectuaron en gran medida desde un planteamiento más emocional que racional.

nominación de «maestros». Pero la falta completa de sintonía estuvo forzada sobre todo por causas que superaron en gran medida a los propios maestros, por lo que creemos resulta difícil efectuar un tajante juicio inculpatorio, sin conceder siquiera el beneficio de la duda.

Posteriormente, una vez instalada la expedición en Morelia, los testimonios y estudios publicados hasta el momento nada indican sobre la presencia de maestros españoles, aunque según nuestros datos casi todos ellos permanecieron varios meses trabajando en la Escuela España-México. Quizá la situación especial de desarraigo en la que sin duda se encontraron casi todos los niños, por no decir todos, les ha llevado a obviar esa presencia, muy pequeña si la comparamos con la del personal mexicano. Ya hemos indicado que no tenemos elementos para dudar de la veracidad de los esfuerzos y tentativas de los maestros descritas en páginas precedentes. Seguro que en gran medida fueron tal como las hemos señalado. Aunque los colonos no tuvieron noticias de la gran mayoría de ellas y desde luego no tuvieron casi ninguna influencia en su vida cotidiana. Esa situación hizo que bastantes de ellos se formaran una opinión negativa sobre los maestros españoles, la cual, con el paso del tiempo y las sucesivas rememoraciones que fueron realizándose, no hizo más que acentuarse.

En definitiva, creemos que la experiencia de los «niños de Morelia» fue una triste página del exilio infantil de la Guerra Civil española, en donde cerca de medio millar de niños se enfrentaron a unos acontecimientos que les superaban, y que tuvieron que resolver recurriendo fundamentalmente a sus propios recursos personales y grupales. Constituyeron una expedición de evacuación infantil que estuvo presidida por significativos intereses políticos y que tuvo como punto de partida un gran malentendido entre el gobierno español y el mexicano. Pero, por lo que hemos podido analizar, los maestros que fueron con ellos también se encontraron formando parte del mismo barco, en ocasiones en el sentido más literal del término. Ya en suelo mexicano se hallaron pillados por las mismas contradicciones que los niños, víctimas, asimismo, de una situación muy mal planificada desde sus inicios.

Aunque a la postre no resultó ser la misma experiencia, al vivirla unos en Morelia y otros en la ciudad de México. En el caso de los maestros, la edad, la experiencia y el apoyo político, les permitieron atemperar las consecuencias negativas, superar la frustración y poder contar con bases más firmes para reconstruir sus vidas. En cambio para los niños, las ausencias siempre resultaron mucho más señaladas y las circunstancias tremendamente más complicadas, por lo que tuvieron que remontar una situación bien difícil, carentes de casi todos los apoyos emotivos que resultan tan importantes durante la niñez y la adolescencia y contando con muy escasos recursos materiales<sup>45</sup>. Entre los «niños de Morelia»

---

<sup>45</sup> El propio Emeterio Payá, en la introducción a su libro efectúa la siguiente reflexión acerca de las consecuencias psicológicas de esos acontecimientos. «Muchos de nosotros quedamos indeleblemente traumatizados por la experiencia del abandono paterno. La aventura produjo en el ánimo

tales diferencias marcaron de forma profunda unos estereotipos bien definidos sobre la actuación de los maestros que los acompañaron. Como hemos podido comprobar, se trataba de un punto de vista real y bien fundamentado, pero no del único punto de vista posible.

---

*On the performance of the Spanish teachers that accompanied the so called «Children of Morelia» expedition, the specialists that have dealt with the topic so far have made a severe negative judgment. In this work we bring to light, for the first time and through unpublished documentation, the repeated initiatives that these teachers took to try to complete their guardian mission, which could not be carried out completely due to the position of the Mexican authorities.*

KEY WORDS: *Exile, Spanish republican exile, children of war, children of Morelia.*

---

---

de la mayoría problemas de difícil resolución; cuantas veces hablo, leo o escribo de este tema, surge la angustia que a menudo arrasa mis ojos». Aunque este trabajo no es el lugar adecuado para ello, aprovecho las reflexiones de Payá sobre las secuelas psicológicas que la experiencia ha dejado en los «niños de Morelia», para indicar que creo a la hora de analizar estos acontecimientos, debe tenerse muy en cuenta toda esa dimensión emocional y afectiva, tan difícil de aquilatar pero tan decisiva a la hora de formar juicios y estereotipos.